

HISTORIA  incógnita

Gabriel Glasman

ANÍBAL ENEMIGO DE ROMA

La historia y secretos del célebre general cartaginés, genio militar que conquistó Hispania, cruzó los Alpes y llegó a las puertas de Roma.



ANÍBAL

enemigo de

ROMA

La historia y secretos del célebre general cartaginés, genio militar que conquistó Hispania, cruzó los Alpes y llegó a las puertas de Roma.

GABRIEL GLASMAN



Colección: Historia Incógnita
www.historiaincognita.com

Título: Aníbal, enemigo de Roma
Autor: © Gabriel Glasman

Copyright de la presente edición: © 2007 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Editor: Santos Rodríguez
Coordinador editorial: José Luis Torres Vitolas

Director artístico: Carlos Peydró
Diseño y realización de cubiertas: Florencia Gutman
Maquetación: Ana Laura Oliveira
Proyecto editorial: Contenidos Editoriales s.r.l.
Producción: Grupo ROS

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN-13: 978-84-9763-309-3
Fecha de edición: Marzo 2007

Printed in Spain
Imprime: Imprenta Fareso, S.A.

Depósito legal:

Índice

<i>Introducción</i>	9
I. CARTAGO, LA CUNA	17
II. ROMA, CARTAGO Y LA PRIMERA GUERRA PÚNICA	41
III. AMÍLCAR BARCA EN ESCENA	55
IV. LOS BARCA Y LA CONQUISTA DE IBERIA	63
V. ANÍBAL Y LA CAMPAÑA ITALIANA	87
VI. CANNAS: LOS EJÉRCITOS EN PUGNA	109
VII. LA BATALLA DE CANNAS	127
VIII. A LAS PUERTAS DE ROMA	139
IX. EL IMPERIO CONTRAATAACA	151
X. LA GUERRA DE HISPANIA	159
XI. EL PRINCIPIO DEL FIN	177
XII. DERROTA EN ÁFRICA	183
XIII. EL FIN DE ANÍBAL	195
XIV. EL ÚLTIMO ESCARMIENTO	199

<i>Conclusiones</i>	213
<i>Cronología desde el inicio de la primera Guerra Púnica hasta la muerte de Aníbal</i>	229
<i>Anexos</i>	233
<i>Reseñas Biográficas</i>	245
<i>Bibliografía</i>	251

Introducción

Pocas veces un individuo ha tomado tanto protagonismo en el desarrollo histórico como Aníbal, el notable general cartaginés. Hijo pródigo de la próspera Cartago, supo encumbrarse con su consecuente oposición a la orgullosa e imperial Roma, a cuyos ejércitos y políticos jaqueó como ningún otro militar lo hiciera en su época. Personaje excluyente de la Antigüedad clásica, alrededor de Aníbal se han tejido desde entonces los más diversos relatos. Las más de las veces separado del contexto político y cultural en que se halló implicado, su figura ha crecido merced a sus actos audaces, muchos de ellos sobredimensionados a la categoría de leyenda.

En términos generales, son dos las miradas más difundidas sobre el general cartaginés.

Por un lado, se lo considera como estandarte de un mandato familiar antirromano, labrado tras la derrota de Cartago en la llamada Primera Guerra Púnica (264-241 a.C.), aquella que opuso a los ejércitos cartagi-

neses frente a las legiones de Roma cuando se disputó por primera vez la supremacía sobre el Mediterráneo, la gran vía que permitía extender la influencia política y económica de los pueblos costeros. Por entonces, sostiene esta línea argumental, fue Amílcar Barca, padre de Aníbal y general de los vencidos, quien transmitiera a su pequeño hijo un rencor visceral contra el imperio que puso de rodillas a los ejércitos y políticos cartagineses.

Según la tradición, Aníbal habría juramentado ante su padre y sus dioses odiar por siempre a Roma, y desde entonces nació en él la misión de hacer pagar a sus declarados enemigos cada uno de los pesares que le ocasionaron a su pueblo. Cornelio Nepote –una de las fuentes clásicas esenciales del período– en su obra *Vidas* transcribe un supuesto diálogo entre Aníbal y el rey Antíoco, en donde el primero dijera decidido:

“Mi padre Amílcar, cuando yo era apenas un niño de nueve años, al salir de Cartago rumbo a Hispania sacrificó varias víctimas a Júpiter Óptimo Máximo. Fue entonces que me preguntó si quería acompañarlo a la guerra. Yo le respondí que sí, que lo haría con gusto, y mi padre me contestó: ‘Muy bien, vendrás conmigo si me juras lo que te pido’. Luego me llevó junto al altar de los sacrificios y ordenó dejarnos solos. Y tras ponerse la mano sobre sí, me hizo jurar que jamás firmaría una paz con Roma. Ese juramento lo he venido conservando desde entonces, y nadie puede dudar que lo seguiré cumpliendo en el futuro”.

El mito de un Aníbal vengador había hallado así su piedra basal.

Por otro lado, la persistente oposición al Imperio Romano que ejerciera Aníbal dio suficiente argumentación para presentarlo como una figura justiciera e, incluso, como el brazo ejecutor de una ecuanimidad “nacional” en una región conmovida por continuas crisis políticas y económicas, que invariablemente se dirimían en el terreno militar. De hecho, se le acredita a Aníbal cierta misión “igualitaria” abonada en su supuesta frase: *“Nunca odié a Roma. Todos tienen los mismos derechos: Siracusa, Roma, Atenas.... Pero Roma sólo se reconoce a sí misma”.*

De esta manera, Aníbal fue convertido en un adalid en la lucha contra el atropello y la impunidad romana, y sus campañas militares contra la Loba resultaron algo así como una respuesta tan necesaria como forzada por la sed imperial de los latinos. El historiador Eduard Meyer, por caso,

Capítulo I

Cartago, la cuna

Como en buena parte de las civilizaciones antiguas, los mitos fundacionales ocupan también en Cartago un sitio de privilegio. Indica la leyenda que la ciudad de Cartago fue fundada por una mujer llamada Dido o, según la procedencia de la versión, Elisa, quien era hermana del rey de Tiro, Pigmalión. La existencia de la joven no parece haber estado desprovista de avatares. De hecho, Pigmalión había mandado asesinar a su esposo, el sacerdote Acerbas, por cuestiones de competencia de poderes o por dinero, ya que Acerbas no sólo era la máxima autoridad religiosa de la ciudad, sino también el propietario de una cuantiosa fortuna en oro y joyas que el codicioso rey anhelaba para sí.

Cualquiera haya sido la motivación de Pigmalión, lo cierto es que el lamentable episodio obligará a Dido a abandonar los placeres palaciegos para adentrarse en una vida plena de aventuras. Por lo pronto, y siempre según la tradición más difundida, tras el asesinato de Acerbas, Dido urdió un plan para huir de su cruel y ambicioso hermano. Su estrategia

era audaz. Prometió con forzado amor filial entregarle al rey la fortuna en cuestión, para lo que debía, primero, ir a buscarla adonde se hallaba escondida. Su hermano accedió encantado, aunque sospechando las verdaderas intenciones que animaban a la princesa. Heredera al fin de una dinastía de mercaderes marinos, Dido no tardó en embarcarse con un puñado de seguidores, quienes la acompañaron hacia el oeste con destino a Chipre. Era su intención no regresar jamás. Cuenta la leyenda que Pigmalión, receloso de los propósitos de Dido, mandó seguir su nave: si en verdad iban a buscar los tesoros de Acerbas, ellos mismos los tomarían; si los tesoros ya estaban escondidos en la nave de Dido, la abordarían en alta mar para apropiárselos.

Pero resulta que también la joven había pronosticado esta contingencia y tenía bien previsto cómo eludir compañía tan poco deseada. Fue entonces que, en plena travesía, Dido ordenó arrojar por la borda grandes y pesadas bolsas, supuestamente contenedoras del tesoro, por lo que los perseguidores la dejaron huir para concentrarse en la recuperación del mismo. Después de todo, era lo único que les interesaba. Grande sería su frustración cuando, tras haber recuperado las cargas arrojadas al mar, comprobaron que todas ellas sólo poseían arena.



Imagen de la ciudad de Cartago en la que se ve a Dido y Eneas. Óleo de Claudio de Lorena (1676 -Hamburgo Kunsthalle).

Capítulo II

Roma, Cartago y la Primera Guerra Púnica

Durante todo el proceso en que Cartago se fue convirtiendo en un imperio económico y militar predominante en el Mediterráneo, en la vecina península itálica un nuevo actor con ansias hegemónicas siguió un curso expansionista similar. Paciente pero persistentemente, Roma había extendido su poder por casi todo el mapa de Italia, desde el Rubicón hasta el extremo sur, reduciendo a diversas tribus y pueblos, como los galos y los samnitas. El poder de Roma se había consolidado merced a una compleja y extensa red de colonias militares, aglutinadas férreamente gracias a la unidad lingüística y una misma actividad económica basada especialmente en la explotación agraria. Las otrora fronteras naturales entre las diversas tribus no tardaron en desaparecer y la unidad política de un estado nacional romano quedó finalmente fijada. Desde el año 338 a.C. la fundación de colonias se extendió rápidamente por la península, en lugares estratégicos por su ubicación y por sus recursos, como Cales (334 a.C.) y Suessa (213 a.C.), en Campania; Venusia y Luceria, en Apulia (300 a.C. - 290 a.C.); Brundisium

(244 a.C.), en territorio mesapio; Hadria (290 a.C.), en el Piceno, y Paestum (273 a.C.) sobre la ribera tirrena. Además, las necesidades de defensa del litoral fueron cubiertas con la creación de guarniciones costeras como Castrum Novum (289 a.C.) y Sena Gallica (283 a.C.), sobre el mar Adriático, y Tarracina (327 a.C.), Minturna (299 a.C.) y Alsium (245 a.C.) sobre el mar Tirreno.

Ya desde el siglo V a.C. la fundación de colonias fue parte integral de la política de guerra romana de ocupación, pues en la medida en que aumentaba su territorio, a expensas de los vencidos, automáticamente se producía la fundación de colonias en los territorios anexados. Esto fue fundamental no sólo para el control de los nuevos territorios, sino también para el almacenamiento de víveres y pertrechos, lo que demuestra un alto nivel de previsión por parte de la conducción senatorial. En tanto, la política de construcción de “vías” que unían a Roma con sus colonias tenía una misión estratégica y logística, ya que durante las campañas de la unificación italiana las legiones se desplazaban por líneas interiores utilizando estos caminos y se apoyaban en la intrincada red de pequeñas fortalezas que conformaban las colonias. En ellas, eventualmente, las legiones podían encontrar todo lo necesario: refugio, provisiones y armas.

Pirro o el juego de alianzas

En el año 280 a.C. Roma debió enfrentar a un enemigo de peso, cuyas intenciones cuestionaban su política expansionista. Pirro, rey del pequeño estado griego de Epiro y miembro de la familia del mismísimo Alejandro Magno, desembarcó en el sur de Italia para dar auxilio a la colonia griega de Tarento, bañada por las aguas del mar Jónico. Precedido por su fama de guerrero y estratega, Pirro marchó al frente de una fuerza de 25.000 hombres excelentemente preparados en las artes de la guerra. Su intención, en verdad, trascendía la solidaridad con la colonia griega y, tras haber fracasado en la conquista de Macedonia, Pirro intentaba encabezar un imperio griego que se extendiera a ambas orillas del mar Adriático, por lo que precisaba de una cabecera en el sur de Italia. Un pacto establecido previamente con Tarento le brindó la oportunidad ansiada.

Capítulo III

Amílcar Barca en escena

La guerra, pues, continuó con los mismos reveses alternados para ambos contendientes, mas esta vez apareció, por parte cartaginesa, un nuevo protagonista: Amílcar Barca, padre de Aníbal y comandante supremo del Ejército y de la Armada púnica. Unos y otros tenían victorias y derrotas casi en la misma proporción. El equilibrio, en definitiva, no podía ser alterado, aunque los cartagineses tenían motivos para sentirse más satisfechos con el curso de la guerra. El episódico dominio marítimo conquistado por Roma volvió a manos cartaginesas, y en tierra las operaciones eran más o menos igualitarias, en cuanto a triunfos y pérdidas respecta.

Amílcar Barca fue un jefe eficaz y renovador, tanto para la moral de combate de sus hombres como en las tácticas empleadas. Fue el que introdujo en el ejército púnico la actuación de lo que luego se popularizó como “comandos” y comenzó a lanzarlos con efectos devastadores hasta en las costas de la península, dando a los romanos la impresión de que se

ANIBAL, enemigo de ROMA



Aníbal Barca mostró poseer de un refinado manejo de las estrategias militares; sus maniobras ofensivas, modificaron la historia de la milicia de forma tan absoluta que fue tomado como influencia por los más prestigiosos generales del mundo.

Ambos contendientes salieron maltrechos de semejante guerra, pero las consecuencias fueron más gravosas para Cartago que para Roma. Aquella no sólo tuvo que ceder toda Sicilia, comprometerse al pago de una crecida indemnización y aceptar la competencia del comercio romano en todo el Mediterráneo, sino que cayó en la anarquía por el desencadenamiento de conflictos internos. Así, tras casi un cuarto de siglo de lucha –desde el año 265 a.C. al 241 a.C.– acabó la llamada “Primera Guerra Púnica”. El saldo de víctimas resultó, hasta entonces, el más elevado de la Antigüedad. Según acota Kienitz:

“...unos 300.000 romanos e itálicos perecieron o se ahogaron en el mar durante el transcurso de la guerra. La pérdida en hombres de los cartagineses –finaliza– que luchaban sobre todo con mercenarios, fue menor, pero el comercio se vio económicamente mucho más afectado”.

Capítulo IV

Los Barca y la conquista de Iberia

La pérdida de Sicilia, Cerdeña y Córcega representó para Cartago una derrota inapelable y dramática, que sembró en el país púnico una enemistad vigorosa contra Roma (en definitiva y a simple vista, la madre de todos sus males). En ese marco, no resultó extraño que los sectores que alimentaban una creciente hostilidad contra los romanos fueran creciendo en número e influencia política. Entre ellos, destacaba una familia que supo ganarse en los campos de batalla el apoyo popular: los Barca. Era el inicio de una dinastía que, en muy pocos años, volvería a dar a Cartago un papel predominante en el Mediterráneo.

Los Barca constituyeron un clan poderoso que no tardó en formar un linaje militar que sobrepasó en gloria a cualquier otro de Cartago. Ya el nombre de Amílcar, el patriarca, señalaba la impronta familiar, puesto que derivaba del término *Melkart*, con el que se identificaba a una de las divinidades más importantes de Cartago, a su vez asimilada al

Heracles griego. El apellido Barca, por su parte, significaba en lengua fenicia *rayo*, *fulgor* o *relámpago*. El legado que representaba, pues, era de grandes designios.

Amílcar se convirtió rápidamente en un militar de gran prestigio y popularidad, cimentada tanto en su empecinada resistencia en Sicilia como en las posturas que tomó frente a la rebelión de los mercenarios, quienes otrora habían combatido bajo sus órdenes. El hecho de haberse distanciado inicialmente de una salida represiva contra sus antiguos hombres le valió el respeto de los soldados y el pueblo. Pero cuando la intransigencia de los jefes mercenarios derivó en la mutilación de las manos y piernas de su lugarteniente Cesco y en el enterramiento de centenares de cartagineses vivos, su firme decisión de terminar con el foco de rebelión lo catapultó como un dirigente de mando y carácter, capaz de resolver los acuciantes problemas que se le presentaban a la dirigencia púnica.

Ya hemos señalado cómo Amílcar sublevó a los jóvenes que pudieran empuñar las armas contra los mercenarios y los entrenó con dureza en las artes del combate, y cómo posteriormente, con un ejército de más de diez mil hombres, atacó a los mercenarios que lo quintuplicaban en número, y tras romper el cerco alrededor de la ciudad los forzó a aislarse en un pequeño valle cuyas salidas obturó. El hambre hizo el resto. Cuando los mercenarios, desesperados por la falta de comida, ofrecieron la paz, ya era tarde. Amílcar, decidido a terminar de raíz con la sublevación, los aplastó con todo el rigor de sus fuerzas.



Amílcar Barca se convirtió rápidamente en un militar con gran raigambre popular. Formaba parte del grupo de hombres influyentes que apoyaban la idea de emprender una avanzada militar sobre Roma. Esta posición era compartida por amplios sectores de la política cartaginesa.

Capítulo V

Aníbal y la campaña italiana

Por supuesto, Aníbal llegó a la crisis de Sagunto con un objetivo largamente acariciado. Su inequívoca intención era dirimir cuentas con Roma, y no hay dudas de que hizo todo lo necesario para que aquella no esquivara el desafío. Por su parte, Roma sabía lo que se avecinaba, y también había tomado sus precauciones. De hecho, ambas potencias mediterráneas estaban preparadas para una confrontación de largo aliento y definitiva, que cerrara por completo lo iniciado en la primera guerra púnica.

¿Cómo se habían preparado los bandos? Roma aguardaba las definiciones púnicas con dos poderosos ejércitos consulares dispuestos a partir de inmediato, tanto hacia Hispania como hacia África. El plan romano, en definitiva, no guardaba grandes secretos estratégicos y contemplaba que el cónsul Publio Cornelio Escipión –hijo del general que había doblegado la última resistencia cartaginesa en Córcega y Cerdeña– marchara sobre la península ibérica para atacar a Aníbal, mientras el cónsul Tiberio

Sempronio Longo desembarcaría con su ejército en África, para acosar a Cartago. Los estrategas romanos habían decidido derrotar a Aníbal en Hispania, para luego reunir sus fuerzas y arrollar la capital púnica. Las cosas, sin embargo, tomarían un rumbo muy diferente.

Aníbal sabía que sus fuerzas marinas eran, en comparación a las romanas, mucho más exiguas, y que su triunfo seguramente no vendría de la mano de una aplastante victoria naval.

Consciente de esta inferioridad manifiesta y de que debía procurar no sólo defender las costas de Hispania sino también a la propia Cartago, se decidió por una estrategia que, hasta la actualidad, es considerada la más audaz de toda la historia bélica de la Antigüedad. Se propuso, pues, llevar la guerra al corazón mismo de su enconado enemigo, y dispuso sus ejércitos para emprender la invasión. Por supuesto, la operación era “impensada”, ya que entre Hispania y Roma mediaban ni más ni menos que los Alpes, una cadena montañosa que jamás había sido atravesada por un ejército de grandes proporciones. Desde entonces, las “defensas naturales” cobrarán una atención diferente en los grandes estrategas militares y, como veremos, también los romanos aprenderán la lección y la utilizarán para su provecho en Hispania. Pero no nos adelantemos en el curso de los acontecimientos.



Aníbal sabía que a pesar del poderío de sus barcos, presentarle batalla naval a los romanos sería un error. Por eso preservó las embarcaciones para proteger sus propias costas. En imagen, una moneda cartaginesa con una nave de guerra.

Capítulo VI

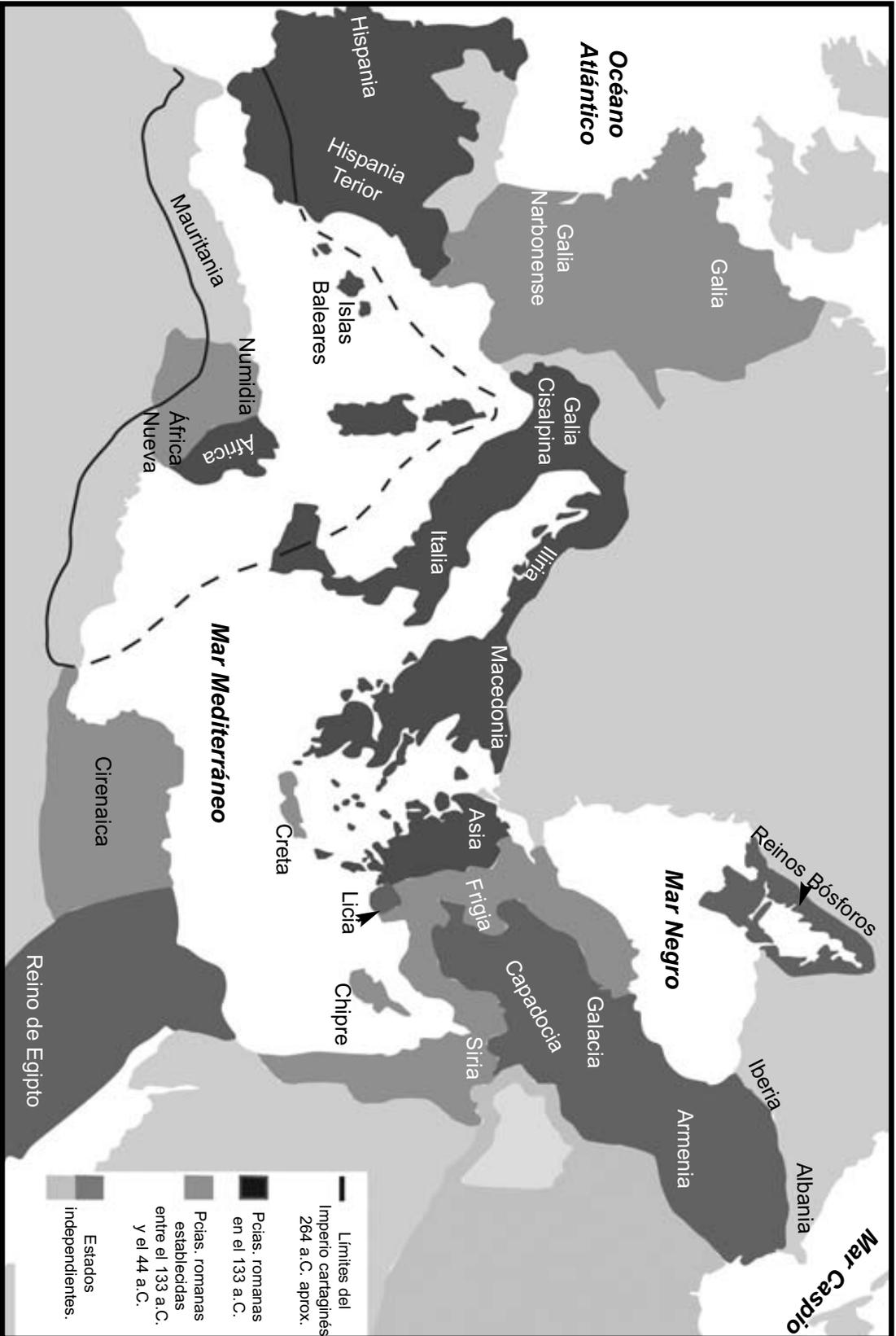
Cannas: los ejércitos en pugna

Ya hemos dado numerosos datos acerca de los ejércitos romanos y púnicos. No obstante es conveniente, por los graves acontecimientos que se aproximan en el relato, sistematizar algunos aspectos.

No hay dudas de que el ejército romano había evolucionado al punto de ser uno de los más exitosos, aunque ciertamente sus experiencias recientes con los púnicos no acreditaban semejante balance. Pero al menos hasta la confrontación con Aníbal, el desarrollo de las legiones romanas había dado excelentes resultados.

Es de suponer que hacia el siglo VIII a.C., los etruscos establecidos al norte del río Tíber, en la Toscana actual, realizaron su primer gran cambio táctico en la forma de establecer combate, adoptando desde entonces la “falange de hoplitas” utilizada con tan buenos resultados por los griegos.

Durante el reinado de Lucio Tarquino –según la tradición, el quinto de los reyes de Roma (616-578 a.C.)–, el ejército estaba integrado por tres contingentes: uno de etruscos, otro de romanos y, finalmente, el ter-



Mapa ilustrativo de los dominios romanos y cartagineses en el siglo II a.C

Capítulo VII

La batalla de Cannas

Hacia el año 216 a.C. y tras la invasión púnica a territorio italiano, la situación entre ambos contendientes se planteaba ciertamente de manera paradójica.

Por un lado, las batallas libradas entre cartagineses y romanos habían culminado invariablemente con el éxito de los primeros, con la particularidad de que ninguna de ellas había tenido un curso incierto. Por el contrario, los romanos fueron una y otra vez humillados estratégicamente y avasallados materialmente. No había, pues, ninguna duda sobre la superioridad del mando cartaginés, y las enormes pérdidas en hombres y equipos de los romanos redujeron –al menos por el momento– las diferencias de estructura y conformación existentes entre uno y otro ejército.

Pero por otro lado, y no obstante lo anterior, Aníbal no había podido marchar sobre Roma, y lo que parecía en principio una expedición imposible de detener, comenzaba a hallar obstáculos de importancia. Dicho en otras palabras, la superioridad militar púnica no se tradujo en

Capítulo VIII

A las puertas de Roma

Tras la fantástica victoria de Aníbal en Cannas, el camino hasta las puertas de Roma había quedado allanado por completo. Al menos, desde el aspecto puramente militar, era una alternativa que quedaba confirmada por el desarrollo mismo de los últimos enfrentamientos. En efecto, desmoralizadas y disminuidas, las legiones romanas no estaban en condiciones inmediatas de ofrecer una resistencia capaz de limitar los movimientos del púnico, y mucho menos detenerlo.

Cuenta la tradición que el propio jefe de la caballería púnica, Maharbal, aguardó que su jefe le diera las órdenes pertinentes para el avance y, como no las daba, lo instó con vehemencia en ese camino. Tito Livio relata que Maharbal insistió: “Sígueme, yo iré delante con la caballería, y dentro de cinco días darás un banquete de vencedor en el Capitolio”. Pero su jefe hizo caso omiso a tan atractiva sugerencia. Incluso se le atribuye un ríspido diálogo en el que su lugarteniente le habría dicho: “Sabes vencer, Aníbal, pero no sabes qué hacer con tus victorias”.

Capítulo IX

El Imperio contraataca

Ya hemos señalado que después de Cannas, lejos de amilanarse, Roma se aprestó a resistir. Luego, las limitaciones de Aníbal para progresar en un asalto final terminarían por convencer a la Loba de que ya era tiempo de retomar la iniciativa.

La dirigencia romana vislumbró tres tipos de operaciones tácticas que implementó de inmediato, aunque no siempre a un mismo tiempo. Por un lado, se decidió por volver a las viejas maniobras de Quinto Fabio, es decir: acosar al enemigo sin presentar una batalla definitiva en campo abierto. Roma había aprendido la lección y comprendía que, al menos por el momento, nada peor para ella que encarar a Aníbal en una batalla frontal. Por otro lado, inició operaciones militares para recuperar territorios perdidos, como la ciudad de Capua. Finalmente, procuró cortar todo tipo de comunicación entre Aníbal y sus posibles fuentes de reabastecimiento, tanto de hombres como de víveres; esto último implicaba, sobre todo, quebrarle la ayuda que podía recibir desde Hispania.

Roma, entonces, puso manos a la obra.

La campaña romana para recuperar Capua se inició rápidamente, comandada por el cuatro veces cónsul electo Quinto Fabio Máximo. Aníbal intentó ponerle límites a su avance, pero su éxito fue escaso. Por otra parte, el cartaginés no sólo era incapaz de impedir el asedio de Capua, sino también de emprenderla contra Nola, que –defendida por el cónsul Marcelo– había resistido todos los embates. Con la insatisfacción de una expedición fracasada, Aníbal regresó a Abulia, a la espera del fin del invierno.

Hacia el año 214 a.C. Fabio tenía reclutadas dieciocho nuevas legiones, parte de ellas destinadas a la guerra en Italia. Así, rearmada y reorganizada, Roma persistió en su ofensiva contra Capua, recuperando en primera instancia Casilino, la ciudadela más próxima a aquella.



Estela líbica en piedra con la representación de un jinete númera. Éstos tuvieron un rol decisivo en todo el período de las guerras púnicas. La pérdida de la caballería númera habría de ser, para Aníbal, uno de los factores decisivos que provocaría su ocaso militar.

Capítulo X

La guerra en Hispania

Desde los inicios mismos de la expedición de Aníbal contra Roma, Hispania constituyó una posesión de primordial importancia. Por un lado, los yacimientos de plata que albergaban los nuevos territorios conquistados proveían convenientemente a Cartago de fuentes de recursos económicos de gran envergadura, lo que permitía solventar adecuadamente, a su vez, las expediciones en Italia. Por otro lado, Hispania, como así también la Galia, albergaba a numerosas tribus aliadas que contribuían con miles de hombres a acrecentar las fuerzas de Aníbal, y a los que el gran estratega cartaginés podía convocar cuando más los precisara.

Roma tenía muy en cuenta estos dos aspectos centrales del interés púnico en la península ibérica, y en esa etapa de su enfrentamiento con Aníbal creyó conveniente debilitarlo atacando su principal fuente de recursos humanos y materiales. Hispania, pues, era un objetivo excluyente para unos y otros. Para los cartagineses, se trataba de mantener las posesiones conquistadas; para los romanos, liberarlas del dominio de aquellos.

Capítulo XI

El principio del fin

Si la pérdida de *Cartago Nova* y la presurosa huida de Asdrúbal hacia Italia habían herido seriamente los planes de Aníbal, la abrumadora derrota cartaginesa en Ilipa y en las ciudades que aún resistieron un tiempo más el predominio romano terminó por sellar su suerte. Empero, aún las legiones no podían acreditarse un triunfo definitivo sobre su gran enemigo. De todos modos, el mapa de la guerra se presentaba ampliamente favorable a la gran Loba romana. Y no sólo en Hispania: si allí el saldo era negativo para los cartagineses, en Italia las cosas no resultaban diferentes.

Por lo pronto, la tensa calma y la indefinición en territorio latino se mantuvo durante casi todo el año 208 a.C. Aníbal continuó con su aislamiento, a la vez que se debilitaba cada vez más su ejército, a esa altura más preocupado en sobrevivir a las penurias de una campaña extensa y agotadora y sin que pudiera recibir suficientes reservas y abastos. Por su parte, los romanos, más desahogados desde el punto de vista militar, per-

Capítulo XII

Derrota en África

El año 205 a.C. se presentó para los cartagineses más comprometido que los anteriores. Quedaban atrás las pérdidas de Hispania y el rotundo fracaso de Asdrúbal en Italia. Aníbal, por su parte, estaba sumido en la mayor inmovilidad, que Huss explica por la acción de tres factores básicos: los reveses de los últimos años; “*una epidemia devastadora*” que diezmo aún más su ejército y, finalmente, la falta de refuerzos que Magón debía aportar y que no llegaron. Para completar su delicado cuadro, los romanos se hallaban más fuertes militar y anímicamente que nunca, habían hallado un jefe –Escipión– que se erguía como un triunfador incansable y las legiones no dejaban de acosar a las huestes púnicas. Por último, los retrocesos de Aníbal debilitaron la base de sus acuerdos con los aliados que hasta entonces lo habían apoyado, lazos de conveniencia que no tardaron en quebrarse y mudar de intereses. En este sentido, el cambio de signo de los númidas será el paso previo de la derrota definitiva del gran cartaginés.

Capítulo XIII

El fin de Aníbal

Aunque vencido por demolición, la estrella de Aníbal no se apagó de inmediato. Por el contrario, continuó siendo considerado un hijo pródigo de Cartago, y a los pocos años de Zama, más precisamente en el 196 a.C., fue elegido sufete, cargo con el que regresó a los primeros planos de la política púnica.

Desde su nueva función, el experimentado general se abocó al ordenamiento de la economía cartaginesa, entrando desde entonces en continuos choques con algunos miembros de los sectores aristocráticos. Aníbal fue más lejos aun, e introdujo en la Constitución cartaginesa una modificación que equivalía, en los hechos, a una estocada mortal contra sus adversarios políticos: anuló la permanencia vitalicia de los Ciento Cuatro y la reemplazó por una elección anual, es decir, le quitó a la aristocracia púnica su inmovilidad en el poder local.

La iniciativa de Aníbal, por supuesto, no pasó desapercibida, y recreó entre los sectores aristocráticos la mayor repulsa contra su persona. Huss señala que:

Capítulo XIV

El último escarmiento

La desaparición de Aníbal constituyó el coronamiento de las guerras púnicas. Roma no sólo controlaba gran parte del territorio itálico y había extendido su poder y su influencia hacia el este y el oeste; también se había desembarazado finalmente del único rival que bien podía acreditarse notables triunfos sobre ella. De esta manera, la soberanía de la Loba se extendió en términos geográficos, militares, políticos y económicos, bendecida a su vez por una similar contundencia simbólica.

El mensaje era ejemplar: quien osara levantarse contra Roma, acabaría con sus huesos en tierra. La muerte de Aníbal, aun con su aureola de heroico resistente, no dejaba dudas. Su destino había sido el mismo que el de su familia, y se prolongó a la propia Cartago. El mundo antiguo entero fue testigo, entonces, de la severidad e implacabilidad romana.

No obstante el nuevo mapa político mediterráneo, o mejor aún, como consecuencia del mismo, Roma todavía debió involucrarse en un nuevo conflicto militar, la llamada Tercera Guerra Macedónica.

Cronología desde el inicio de la Primera Guerra Púnica hasta la muerte de Aníbal

- 264 a.C.** Inicio de la Primera Guerra Púnica
- 263 a.C.** Resistencia cartaginesa en Agrigento
- 262 a.C.** Toma de Agrigento por los romanos
- 261 a.C.** Construcción de la flota romana
- 259 a.C.** Refuerzos púnicos a Cerdeña. Bloqueo romano de Cerdeña. Roma ocupa Córcega
- 256 a.C.** Régulo en África
- 255 a.C.** Derrota y captura de Régulo
- 249 a.C.** Naufragio de la flota romana
- 247 a.C.** Ofensiva de Amílcar Barca en Sicilia
- 241 a.C.** Roma ocupa Sicilia
- 241-237 a.C.** Revuelta de los mercenarios contra Cartago
- 241 a.C.** Fin de la Primera Guerra Púnica. Tratado de Cayo Lutacio.
- 240-238 a.C.** Rebelión de los mercenarios de Cartago (la Guerra Inexpiable). Roma anexiona Cerdeña y Córcega.

Anexos

Semblanza de la familia Barca según Cornelio Nepote

Amílcar

“Antes de la llegada de Amílcar, de sobrenombre Barca, las tropas cartaginesas habían padecido una derrota tras otra, y ello tanto en la tierra como en el mar. Pero desde que Amílcar llegó, Cartago no cedió ante ninguno de sus enemigos y ya nadie pudo causarle daño. Amílcar, si acaso la ocasión se le presentaba oportuna, emprendía el ataque y salía victorioso. Fue él quien hizo la defensa de Sicilia, en Érix, y fue tan perfecta que pareciera que allí no había llegado guerra alguna.

En tanto, los ejércitos cartagineses habían sido derrotados en el mar, muy próximos a las islas Égatas,

Reseñas biográficas

Aníbal Barca (247 a.C. - 183 a.C.)

Militar cartaginés nacido en Cartago, en el año 247 a.C. y muerto en Bitinia, actual Turquía. Hijo de Amílcar Barca, tras la muerte de su padre y el asesinato de su cuñado Asdrúbal, Aníbal asumió la jefatura del ejército cartaginés que había conquistado una importante franja de la costa hispana. Realizó varias expediciones hacia el altiplano central y sometió a numerosos pueblos íberos. En el año 219 a.C. conquistó la ciudad de Sagunto, aliada de Roma, y traspuso el río Ebro, fijado como límite para que cartagineses y romanos ejercieran sus respectivas influencias en Hispania. Iniciada la Segunda Guerra Púnica (219 a.C.), partió hacia Italia con su ejército y después de atravesar los Pirineos y los Alpes –una hazaña de dimensiones hasta entonces desconocida– alcanzó la llanura del Po, donde derrotó a las legiones en Tesino y en Trebia, y al año siguiente en el lago Trasimeno, conquistando la Italia central. Posteriormente, y tras haber

llegado a las puertas mismas de Roma, decidió retirarse para conquistar los territorios meridionales. En el año 216 a.C. venció a los romanos en Cannas, donde arrolló a las tropas de Lucio Emilio Paulo y Marco Terencio Varrón, a pesar de contar con una fuerza notablemente inferior. Con las campañas romanas en Hispania, su suerte militar quedó sellada: sin provisiones suficientes ni bases de reaprovisionamiento seguras, sin el apoyo de las ciudades italianas y hostigado por las legiones que no dejaban de seguirlo, sus problemas aumentaron hasta quedar prácticamente confinado en el extremo sur de Italia, sin mayores probabilidades de vencer en una batalla frontal con las legiones. Una vez conquistada Hispania por los romanos, Publio Cornelio Escipión desembarcó en las cercanías de Cartago, forzando el regreso de Aníbal a su patria, donde fue completamente vencido en la batalla de Zama (202 a.C.). Cartago entonces se vio obligada a firmar una paz humillante que puso fin a su imperio en el Mediterráneo. No obstante ello, Aníbal fue electo sufete (197a.C.-196 a.C.), cargo desde el que intentó reorganizar las finanzas de la metrópolis y el otrora poderío militar. Sus planes se vieron una vez más frustrados por los romanos, que provocaron su fuga hacia la corte del rey Antíoco III de Siria, a quien propuso enfrentar juntos a Roma, apoyados a su vez por Filipo V de Macedonia. Las nuevas alianzas resultaron frágiles contra el poderío romano y hacia el año 183 a.C. se hallaba refugiado en el reino de Bitinia, donde finalmente se suicidó ese mismo año.

Asdrúbal Barca (245 a.C. - 207 a.C.)

Militar cartaginés, tan reconocido por sus cualidades de estratega como por su política diplomática. Hermano de Aníbal, condujo los ejércitos cartagineses en Hispania. Publio Cornelio Escipión lo derrotó en Tortosa (215 a.C.), aunque se tomó revancha tres años después en Lorca, obligando a las legiones a retroceder hasta el Ebro. En el año 209 a.C. los romanos ocuparon Cartago Nova y luego lo vencieron en la batalla de Baecula, obligándolo a abandonar Hispania hacia Italia, donde pensaba llevarle refuerzos a su hermano. No obstante sus intenciones, los romanos lo interceptaron en Metauro (207 a.C.), donde perdió la vida en batalla.

Bibliografía

Fuentes clásicas y literarias

- Apiano, *Sobre Iberia, sobre África*, Planeta-De Agostini, Madrid, 1998.
- Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, “La política”, Porrúa, México, 1970.
- Estrabón, *Geografía*, Planeta-De Agostini, Madrid, 1998.
- Floro, Lucio Anneo, *Gestas romanas*, Austral, Bs.As., 1953.
- Flaubert, Gustave, *Salambó*, en *Obras Inmortales*, Edaf, Madrid, 1980.
- Heródoto, *Los nueve libros de la historia*, Océano, Barcelona, 1999.
- Nepote, Cornelio, *Vidas*, Gredos, Madrid, 1985.
- Plutarco, *Vidas paralelas*, Planeta, Barcelona, 1991.
- Polibio de Megalópolis, *Historia universal*, Hachette, Buenos Aires, 1965.
- Polieno, *Estrategias*, Gredos, Madrid, 1991.
- Tito Livio, *Desde la fundación de Roma*, Libros XXI-XXV y XXVI-XXX, Alianza, Madrid, 1992.

Estudios contemporáneos

- Altheim, F., *Historia de Roma*, Uteha, México, 1961.
- Baldelli, Paci y Tomassini, *La batalla del Metauro*, Minardi, Fano, 1994.
- Barceló, Pedro, *Aníbal de Cartago*, Alianza, Madrid, 2000.
- Blázquez, J.M., *Los Bárquidas en la península Ibérica, Fenicios, griegos y cartagineses en Occidente*, Cátedra, Madrid, 1992.
- Burckhardt, Jacob, *Historia de la cultura griega*, Iberia, Barcelona, 1974.
- Carcopino, Jerónimo, *Las etapas del imperialismo romano*, Paidós, Bs.As., 1965.
- Coll, Pieter, *Esto ya existió en la antigüedad*, Aymá, Barcelona, 1964.
- Connolly, Peter, *Aníbal y los enemigos de Roma*, Espasa Calpe, Madrid, 1980.
- Connolly, Peter, *Las legiones romanas*, E. Calpe, Madrid, 1980.
- Cornell, Tim y Matthews, John, *Roma, legado de un imperio*, Folio, Barcelona, 1993.
- Cotterell, Arthur, ed., *Historia de las civilizaciones antiguas. Europa, América, China, India*, Crítica, Barcelona, 1984.
- D'Ors, Álvaro, *Tres temas de la guerra antigua*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Santiago de Compostela, 1947.
- Fantar Hassine, *Los fenicios en el Mediterráneo*, Icaria, Barcelona, 1999.
- Fatás, G., *Roma, las primeras guerras púnicas*, Akal, Madrid, 1990.
- Finley, M. I., *Historia antigua. Problemas metodológicos*, Crítica, Barcelona, 1986.
- Finley, M. I., *El nacimiento de la política*, Crítica, Barcelona, 1986.
- Finley, M. I., *El legado de Grecia. Una nueva valoración*, Crítica, Barcelona, 1983.
- Fouillé, *Bosquejo psicológico de los pueblos europeos*, Daniel Jorro Editor, Madrid, 1903.
- Gómez de Caso Zuriaga, J., *Amílcar y la política cartaginesa*, Universidad, Alcalá de Henares, 1996.
- Grimal, Pierre, *El helenismo y el auge de Roma*, Siglo XXI, México,

1992.

- Grimal, Pierre, Diccionario de mitología griega y romana, Paidós, Buenos Aires, 2005.
- Goldsworthy, Adrián, *Grandes generales del ejército romano. Campañas, estrategias y tácticas*, Ariel, Barcelona, 2005.
- Harden, D. B., Los fenicios, Aymá, Barcelona, 1967.
- Healy, Mark, *Cannas 216 AC*, Del Prado, Madrid, 1995.
- Homo, León, *Nueva historia de Roma*, Iberia, Barcelona, 1971.
- Homo, L., La Roma imperial y el urbanismo en la Antigüedad, México, Uteha, 1956.
- Huss, Werner, *Los Cartagineses*, Gredos, Madrid, 1993.
- Huss, Werner, *Cartago*, Acento, Barcelona, 2001.
- Lancel, Serge, *Aníbal*, Crítica, Barcelona, 1997.
- Lancel, Serge, *Cartago*, Crítica, Barcelona, 1992.
- Livesey, Anthony, *Escipión el Africano*, Col. Grandes Batallas, Tomo XVI, Rombo, Barcelona, 1995.
- Menéndez Pidal, Historia de España, Tomo II, “España romana”, Madrid, 1955.
- Meyer, Eduard, El historiador y la historia antigua, FCE, México, 1982.
- Millar, F., El imperio romano y sus pueblos limítrofes, Siglo XXI, Madrid, 1979.
- Mira Guardiola, M.A., *Cartago contra Roma*, Aldebarán, Madrid, 2000.
- Momigliano, A., La historiografía griega, Crítica, Barcelona, 1984.
- Mommsen, Teodoro, *Historia de Roma*, fragmento del Volumen III, Orbis, Hispamérica, Buenos Aires, 1983.
- Mommsen, Theodor, Historia de Roma, Turner, Madrid, 1983.
- Mommsen, Theodor, El mundo de los césares, FCE, Madrid, 1983.
- Montesquieu, *Grandeza y decadencia de los romanos*, Austral, Buenos Aires, 1947.
- Moscati, S., *Los cartagineses*, Encuentro, Madrid, 1983.
- Nicolet, Claude, *La conquista del Mediterráneo*, 2 tomos, Nueva Clío, Barcelona, 1982.
- Ogilvie, R. M., Roma antigua y los etruscos, Taurus, Madrid, 1982.
- Ogilvie, R. M., Los etruscos, en Cotterell, Arthur, ed., Historia de las

civilizaciones antiguas. Europa, América, China, India, Crítica, Barcelona, 1984.

- Piganiol, André, *Historia de Roma*, Eudeba, Buenos Aires, 1971.

- Valdeavellano, Luis, *Historia de España*, Tomo I, Alianza, Madrid, 1980.

- Vogt, J., *Decadencia de Roma. La metamorfosis de la cultura antigua*, Guadarrama, Madrid, 1968.

- Weber, Max, *Historia agraria romana*, Akal, Madrid, 1981.